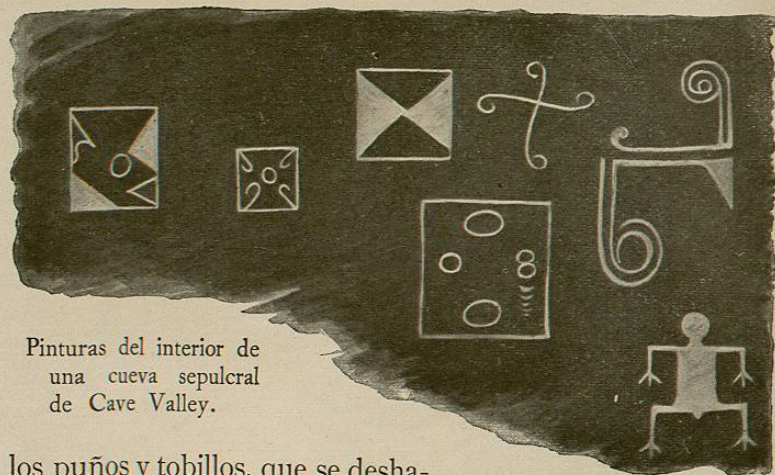


Extraje después otros varios cuerpos que habían sido enterrados en condiciones semejantes. El fondo de las cavernas sepulcrales parece que se cubría siempre con una capa de dura argamasa ásperamente aplanada, y no había huellas de fosas ni forma determinada de sepulcros.

Entre los restos no se encuentran adornos de metal, pero sí varios de concha, aros ó anillos de paja, bien tejidos, para

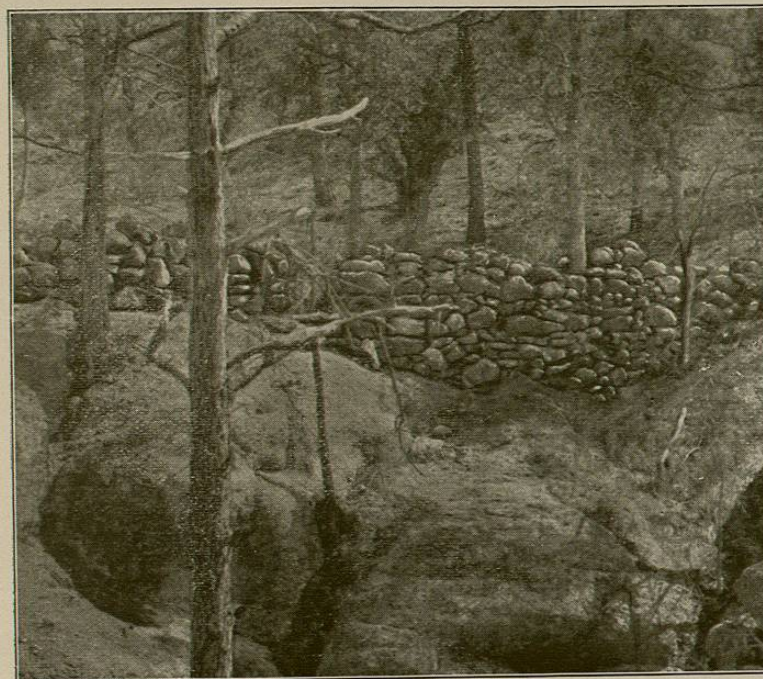


Pinturas del interior de una cueva sepulcral de Cave Valley.

los puños y tobillos, que se deshacían al tocarlos. El vestido consistía en tres envolturas liadas al rededor de las hijadas, siendo la que pegaba al cuerpo de tela burda de algodón; un pedazo de estera la siguiente, y otra tela de algodón la de encima. Entre las piernas había mucho pelote de algodón mezclado de plumas de pavo, de carpintero y de gayo, estando en ocasiones el algodón teñido de rojo ó de añil. Junto á la cabeza de cada momia había una pequeña tinaja con un dibujo sencillo, y también encontramos á veces guajes para agua, igualmente junto á la cabeza, con excepción de uno que había sido puesto sobre el pecho del muerto. Hallamos también enterrado un manojo de "uñas de gato" (*Martynia*), que usan hoy los indios para reparar vasijas de barro, para lo cual taladran los fragmentos que quieren unir y los aseguran á manera de remache con dichas uñas,

que son elásticas y fuertes y sirven muy bien para tal uso. Los mexicanos que me acompañaban comprendieron al punto el objeto que habían tenido las plantas que encontramos en los sepulcros.

Como queda dicho, también hallamos trincheras, y muy numerosas, en Valle de las Cuevas. En cada barranca y



Una Trinchera en Cave Valley.

quebrada del terreno, había por lo menos una, siendo de notar que algunas estaban construídas sobre zanjas de poco fondo en lo alto de una colina, cuya cima estaba formada por una desnuda roca de conglomeración, á 150 pies sobre el valle. En sólo un lugar, contamos ocho trincheras, á distancias de 150 pies, todas hechas de grandes piedras de lava y duro feldespato, de tamaño variable entre uno y medio y tres pies, que me producían el efecto de un trabajo de cíclopes. Dichas trincheras, por lo común, tenían una extensión

lateral de treinta pies, y en su parte central alcanzaban quince pies de altura. A pesar del inmenso trabajo empleado en su construcción, sus edificadores las habían utilizado únicamente para resguardar espacios de treinta pies de largo y quince de ancho, ó lo que es lo mismo, los ocho pedazos de tierra encerrados por ellas sumaban en su conjunto 3,000 pies cuadrados, terreno apenas suficiente para sembrar 500 ó 600 puñados de maíz. Quienes no conozcan á los indios no considerarían fundada la opinión de que aquellas divisiones fuesen en realidad terrazgos, pero tales hombres siembran y cultivan á proporción de sus necesidades, siempre en pequeña escala, sin pensar nunca en cosechar más de lo que han menester, y muchas tribus, como por ejemplo los tarahumares, rara vez levantan lo necesario para sustentar á su familia por todo el año.

Encontramos más grupos de cavernas-habitaciones á unas diez millas más arriba del río, en un sitio llamado "Llano de los Madroños," debido seguramente á la abundancia de éstos, entre los que vimos ejemplares muy bellos. La caverna más grande que hay contenía catorce casas, á cuyo frente pasaba una galería, á diferencia de las habitaciones de Valle de las Cuevas. Como el maderamen era menos viejo que el empleado en las últimas, y las paredes tenían sólo tres capas de enlucido y blanqueo, y las esquinas no indicaban mucho uso, dichas construcciones eran sin duda de origen más reciente, pero su carácter general no difería de las que habíamos examinado. No encontramos utensilios en ellas. En la misma localidad había bastante número de cuevas más pequeñas con casas en demolición, una de cuyas paredes era de piedra y lodo, y vimos allí por primera vez, dentro de una cueva, una construcción circular.

Escarbando bajo el piso de mezcla de uno de los cuartos, nos encontramos los esqueletos de cinco adultos, hecho singular que revelaba la costumbre de enterrar á los muertos, cuando las circunstancias lo permitían, bajo el piso mis-

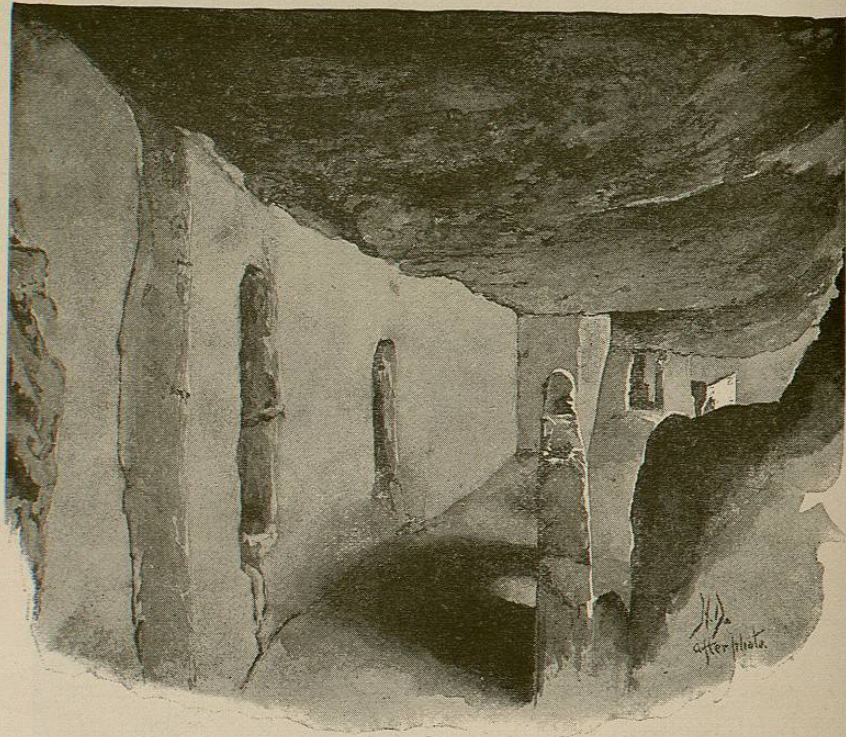


mo de sus casas. Los mormones nos dijeron también que habían visto cavernas con veinte habitaciones en la fuente del Babispe.

Mis relaciones con éstos continuaron muy cordiales, y su trato me dio la convicción de que son hombres honrados y laboriosos que proveen á las necesidades materiales de esta vida con la mayor frugalidad, dejando para la otra los demás goces de la existencia. Viven en medio de trabajos, pero de acuer-

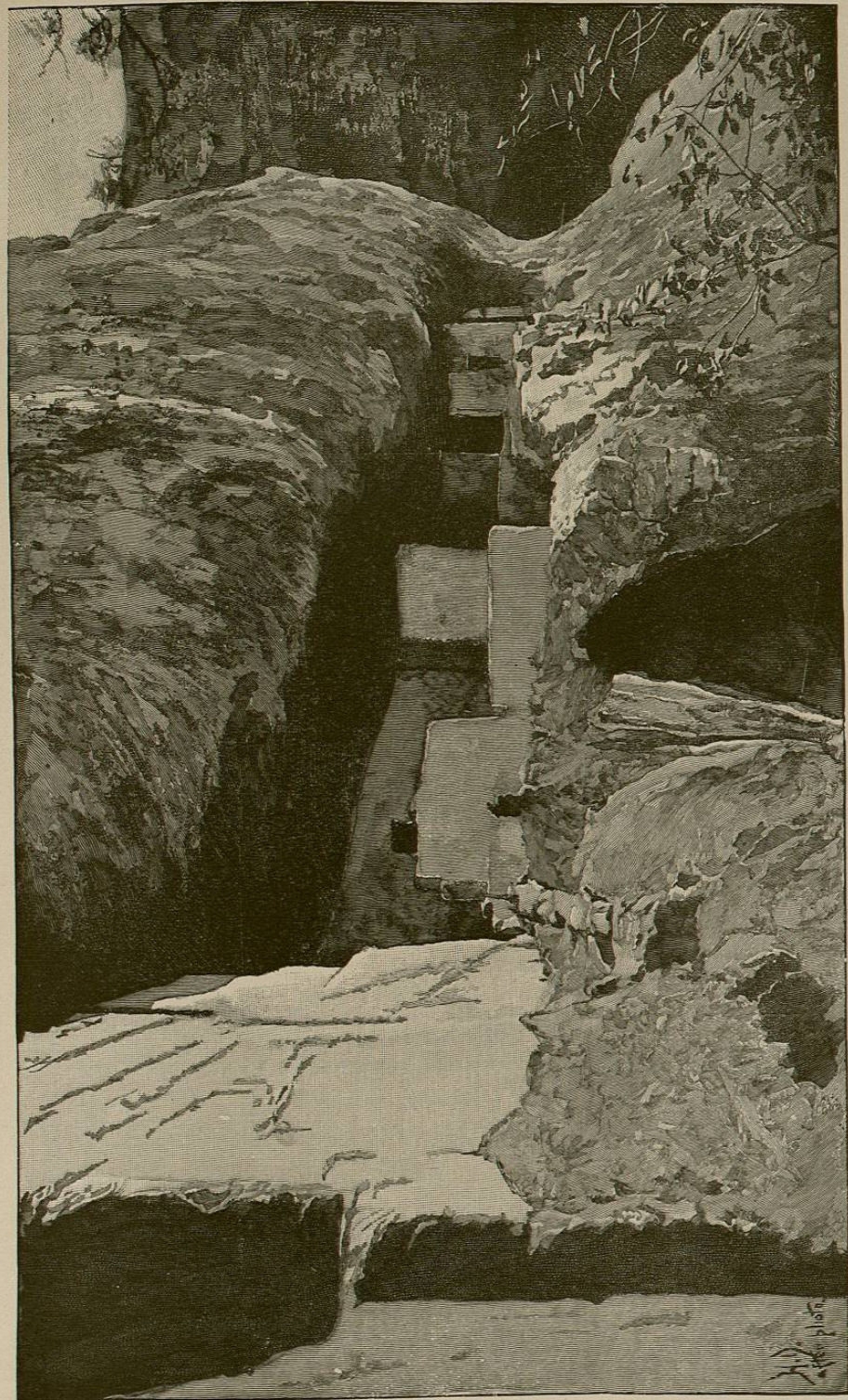
Antiguas grutas-habitaciones de Strawberry Valley.

do con sus convicciones, que datan, no obstante, en ciertos puntos, de una etapa lejana del progreso humano. Interesábanse mucho en mis trabajos, seguros de que tendrían que ser necesariamente ventajosos para dar luz á los misterios ocultos en sus cavernas, y opinaban que nuestras



Interior de las antiguas habitaciones mostradas en la pág. 75.

investigaciones confirmarían lo que contiene el "Libro del Mormón" sobre las razas prehistóricas de América. Dijéronme que en dicho libro se habla de tres razas llegadas allí. La primera se detuvo en Guaymas, Sonora, huyendo de la cólera divina que destruyó la torre de Babel. Esta raza fue totalmente aniquilada. La segunda, procedente de Jerusalén, desembarcó en Nueva Inglaterra, y la tercera, también de Jerusalén, fue á desembarcar en Chile. Pasamos seis semanas en Valle de las Cuevas. El tiempo, hasta



Exterior de las antiguas habitaciones de Strawberry Valley.

donde pudimos observar, era bastante agradable, aunque en febrero sopló durante varios días un viento fuerte y frío que no nos dejaba trabajar bien de día, ni dormir cómodamente por la noche, á lo que se agregaba mi temor de ver en cualquier momento desplomarse mi tienda sobre las vasijas y esqueletos obtenidos en mis excavaciones, que por precaución guardaba allí. Esta posibilidad se hacía más inminente cuando algún indiscreto burro, al andar vagando por el campamento, se enredaba las patas entre las cuerdas de la tienda.

El 30 de enero cayó una nevada de un espesor de siete pulgadas. Un día vimos á corta distancia una bandada como de veinticinco pavos, pero nuestros esfuerzos para ponernos á tiro fueron inútiles, pues las astutas aves, que al parecer se mueven tan descuidadamente, siempre desaparecían como por encanto, á pesar de la precaución con que procurábamos seguirlas.

Teníamos otra vez malos rumores de los apaches, y un día llegó á nuestro campamento un oficial mexicano en persecución de unos á quienes hacía poco les había quitado doce caballos, escapándosele desgraciadamente los salvajes. El presidente municipal de Casas Grandes había recibido aviso de que los apaches habían matado á dos americanos cerca de San Bernardino, en virtud de lo cual envió una patrulla á la sierra para perseguir á los malhechores.

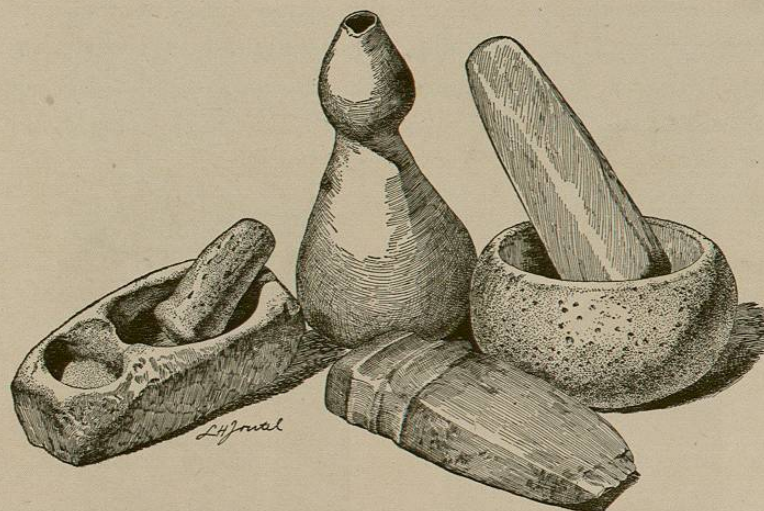
Después de registrar cuidadosamente las cuevas, volvimos nuestra atención á los sepulcros ó *coesillos*, que son allí muy numerosos, y están siempre cubiertos de yerba, no siendo raro que crezcan árboles encima. Encontramos en las excavaciones restos de casas de tipo semejante á los de las cavernas, y como la altura de algunos montículos era bastante considerable, se justificaba la suposición de que las casas habían tenido dos pisos, de seis ó siete pies cada uno, con buen número de cuartos, y en vista de la localidad en que se hallaban los coesillos, se hace evidente que las

casas no fueron destruídas por inundaciones ni cubiertas por depósitos de aluvi3n. Compuestos aquellos de una masa de cascajo y desmenuzados morones que llenan completamente los aposentos que han resistido á la destrucci3n, es fácil imaginar cómo se formaron los montículos á medida que iban demoliéndose los revoques, muros y techos, formando poco á poco montones de tierra, que hoy parecen hechos á propósito.

Las casas servían de habitaci3n común, y consistía cada una de sólo un cuarto, generalmente no mayor de diez pies cuadrados. Las paredes, de ocho á nueve pulgadas de espesor, construídas de una especie de arcilla mezclada con arena, se conservaban muy bien en algunos lugares. En una de las casas en que encontramos construcciones más sólidas que de ordinario, tenían las paredes un grueso de veinte pulgadas que llegaba hasta ser de treinta y tres en algunos lugares. Las excavaciones hechas en los coesillos cercanos á nuestro campamento pusieron á descubierto una construcci3n muy interesante. Parte de las paredes consistía en grandes postes clavados en el suelo formando una empalizada revestida de mezcla, con la que hacía ángulo recto una pared de piedra. Entre las ruinas encontramos pedazos de adobe, y en uno de los cuartos, á menos de cinco pies de profundidad un piso de argamasa bajo el cual había una acumulaci3n de seis ó siete esqueletos incompletos.

Era raro encontrar allí utensilios de ningún género á no ser tal cual hacha, algunos metates y morteros y una olla de piedra, pero cavando un poco más, hallamos esqueletos, enterrados al parecer sin ningún cuidado, que tenían invariablemente algunos utensilios domésticos, tales como jarros y tarteras con hermosos dibujos, ó hachas y mazos cuidadosamente esculpidos y pulimentados. Obtuvimos, sin embargo, una hacha muy curiosa de doble muesca. Los esqueletos estaban muy mal conservados, pero recogimos con todo, varios cráneos y algunos de los huesos mayores.

Era tan duro el piso que sólo podíamos romperlo con barras pesadas. Debido á la imposibilidad en que estábamos para proceder á excavaciones completas, no fue posible saber el número de aposentos contenido en cada coesillo. Había en las inmediaciones de Valle de las Cuevas por lo

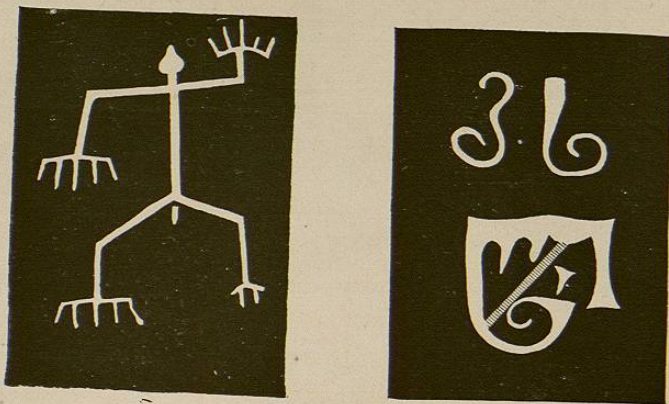


Objetos hallados en los montículos del río Piedras Verdes. Enmedio se ve una vasija de barro en forma de guaje. Longitud del hacha de doble muesca, 16 cm.

menos diez ó doce grupos separados que tenían de cuatro á ocho habitaciones sobre el piso de sustentaci3n, y todo el distrito, en general, es muy abundante en montículos. En una excursi3n que hice hasta tres ó cuatro millas abajo del río de Piedras Verdes, vi varios grupos de coesillos que sin duda contenían muchas antigüedades. Uno de los grupos más grandes se encuentra sobre una colina no muy alta, y á milla y media al norte del anterior hay otro de ciento sesenta pasos de largo con dos montículos oblongos. Algunos de los coesillos eran de diez ó doce pies de altos.

Según me dijo un morm3n bien informado, no existían ruinas en las cuevas, ni en ninguna otra parte en toda la extensi3n recorrida por el río desde allí hasta la colonia Juárez,

ni tampoco en otras cien millas al sur de Pacheco, no obstante los montículos que se levantan en varios lugares. Aprovechándome de su consejo, cuando al fin salí de Valle de las Cuevas, no seguí el curso del río hacia San Diego, sino que tomé, para que la carga fuese con más seguridad, el camino ordinario, no obstante que es más largo. Posteriormente exploraron las orillas del río algunos miembros de mi expedición y recorrieron varias pequeñas cuevas abiertas en los costados del cañón, algunas de las cuales habían sido habitadas, á juzgar por los pedazos de vasijas, y lo ahumado



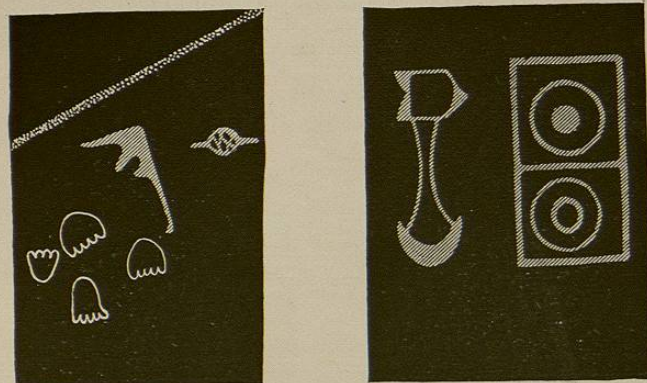
Pinturas de una roca en el río Piedras Verdes. El color es blanco, excepto una línea roja. Altura de la figura menor, como 60 cm.

de los techos; pero no se encontraron restos de habitaciones, sino hasta la parte más alta del río donde algunas había en las rocas areniscas.

Levanté mi campamento de Valle de las Cuevas el 11 de marzo y llegué el mismo día al antiguo Juárez, á pocas millas de mi otro campamento fijado en San Diego. Empezaba á hacer calor, brotaba la yerba, y vi una bandada de patos que volaba hacia el norte.

Los llanos de San Diego abundaban en antílopes, y durante mi visita, pude verlos en manadas por diversas partes. Un viejo cazador de cerca de Casas Grandes se valía de un ingenioso ardid para engañarlos, disfrazándose de antílope

por medio de un capuchón de manta pintada de color semejante al del animal, con que se cubría el cuerpo, los brazos y las piernas. Asegurábase en la cabeza unas astas



Figuras en las paredes de una cueva, en el río Piedras Verdes, pintadas en rojo, menos las indicadas con líneas blancas, que son esculpidas. La figura de la derecha tiene como 60 cm. de altura.

de venado, y andando en cuatro pies se acercaba á los animales hasta tenerlos á tiro. Según me dijeron los mexicanos, los apaches eran muy hábiles en ese procedimiento.

En una excavación que hicimos cerca del antiguo Juárez, sacamos de un montículo una pequeña tartera negra de barro. Había otros doce ó quince coesillos que contenían grupos de casas, siendo el mayor de cien pies de largo, cincuenta de ancho y diez de alto, pero otros, no obstante cubrir el mismo espacio, sólo se levantaban á tres, cuatro ó seis pies. Todos estaban irregularmente rodeados con numerosos montones de piedras, los unos pequeños y otros grandes y rectangulares, encerrando un espacio de treinta pies de largo y diez de ancho.

Por ser aquel distrito extremadamente rico desde el

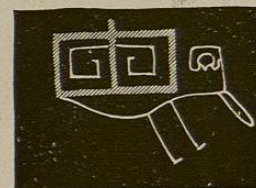


Figura en una roca del río Piedras Verdes. Las líneas blancas indican lo esculpido.

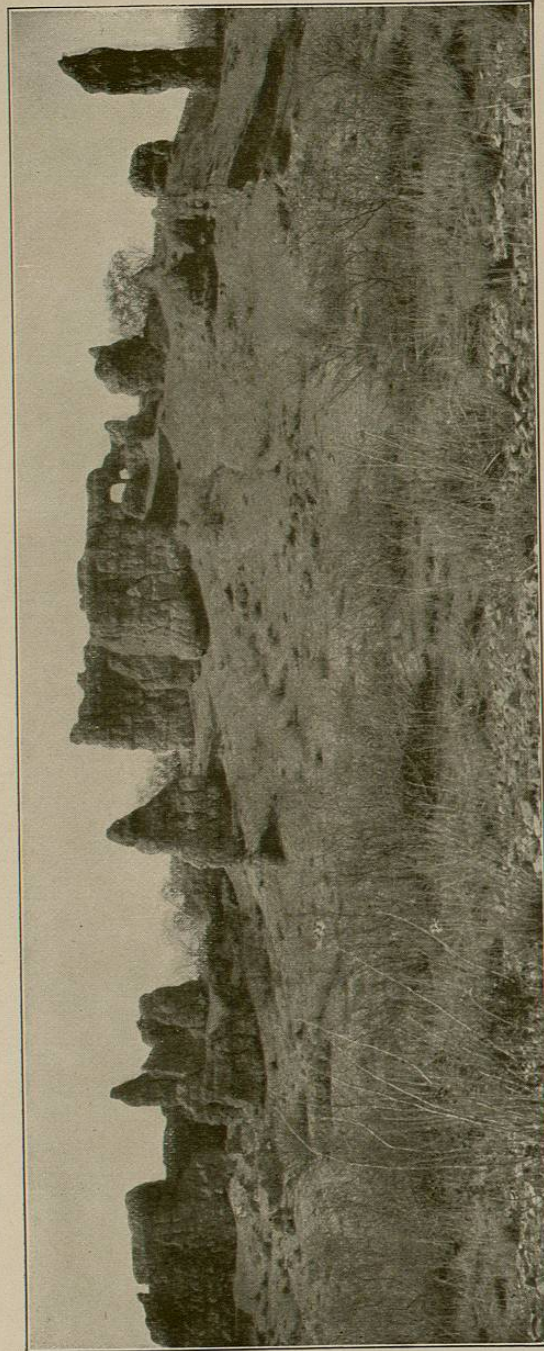
punto de vista arqueológico, resolví explorarlo hasta donde me lo permitieran las circunstancias. Es fácil contar en las cercanías de San Diego sobre cincuenta montículos, y hay también en varios lugares rocas esculpidas y pintadas. A unas veinte millas más al sur se encuentran cavernas-habitaciones, semejantes á las del Valle de las Cuevas, que fueron examinadas por algunos miembros de la expedición en



Cazador disfrazado de antilope.

el río de San Miguel, ocho millas arriba del punto en que entra éste en los llanos. Junto á una gran cueva se encontraron numerosas casas, que aunque destruídas en su totalidad, se podía reconocer que algunas debieron de tener una altura de tres pies.

Pero el lugar más interesante es Casas Grandes, ruinas situadas como á una milla al sur de la ciudad de este nombre, las cuales pronto pudimos visitar. Como han sido ya



Casas Grandes.